

Fecha de recepción: 23/09/2022
Fecha de aprobación y recepción de la versión final: 06/10/2022

Del origen de *triō*, *-ōnis* ‘yunta de bueyes’ a la metáfora *Septentriones* ‘Osas Polares’

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ
Universidad Autónoma de Madrid
ORCID iD: 0000-0003-0507-3930
benjamin.garciahernandez@uam.es

Resumen: *Trio*, *-onis* no deriva de *terere* ‘roturar, desmenuzar’ la tierra, como se ha creído desde antiguo ni expresa el significado de ‘buey’, sino el de ‘yunta’. Varrón y Aulo Gelio asignan a la pareja que ara una figura triangular, sin indicar cómo se cierra el triángulo. Entendemos que el arador que maneja el arado completa el ángulo que falta. Lo que nos induce a proponer que *trio*, *-onis* es un derivado ‘colectivo’ de *tres*, *tria*, con formación análoga a la de *binio* o *quatrio* en el juego de dados. Por consiguiente, el compuesto *Septentriones* designa las Siete Yuntas que tiran de cada una de las constelaciones gemelas del Polo Norte. En esta trasposición metafórica, las yuntas celestes no tiran del arado, sino del Carro; pero mantienen su configuración triangular, como sostienen los dos autores latinos. A ello añadimos que, para que la catasterización sea completa, la carga que transportan las Siete Yuntas se distribuye en triángulos desde el timón hasta el final del Carro.

Palabras clave: etimología, colectivo singular, yunta de bueyes, metáforas estelares, figura triangular.

From the origin of the term *triō*, *-ōnis* ‘yoke of oxen’ to the metaphor *Septentriones* ‘Polar bears’

Abstract: *Trio*, *-onis* does not derive from *terere* ‘to break up, to crumble’ the earth, as has been believed since ancient times, nor does it express the meaning of ‘ox’, but rather that of ‘yoke’. Varro and Aulus Gellius refer to the pair of oxen in a yoke as a triangle, but they do not indicate what is the third point in the triangle. We understand that the ploughman who is driving the plough completes the missing angle. Thus we propose that *trio*, *-onis* is a ‘collective’ derivative of *tres*, *tria*, with formation similar to that of *binio* or *quatrio* in a game of dice. Therefore, the compound *Septentriones* designates the Seven Yokes that pull each of the twin constellations at the North Pole. In this metaphorical transposition, the celestial yokes do not pull ploughs, but rather the Chariot. They do retain their triangular configuration, however, as the two Latin authors maintain. To this we can add that, for the catasterization to be complete, the load carried by the Seven Yokes is distributed in triangles from the shaft to the end of the Chariot.

Key words: etymology, singular collective, yoke of oxen, stellar metaphors, triangle figure.

Cómo citar este artículo: García-Hernández, Benjamín, «Del origen de *triō*, *-ōnis* ‘yunta de bueyes’ a la metáfora *Septentriones* ‘Osas Polares’», *Revista de Estudios Latinos* 22 (2022), págs. 11-34.

1. LA CUESTIÓN DE LA IDENTIDAD PROPIA Y METAFÓRICA DE (-)TRIONES¹

1.1. LA PRESUNTA OSCURIDAD DE LA FUENTE VARRONIANA

Parece claro que *temō*, *-ōnis* designa el timón del arado, del carro y, por metáfora, el de las dos Osas Polares, que aparentan tener forma de carro (Gaffiot 2000: s. u.). En las primeras páginas del amplio capítulo que dedica Le Boeuffle (1977: 87-88) a las constelaciones boreales, nos sorprende hablando de la oscuridad de Varrón a propósito de «quatre boeufs tirant une charrue», dato numérico que en el texto latino no aparece como tal. La deducción de cuatro bueyes tirando del arado que hace el crítico es el resultado de restar las tres estrellas del timón:

Or, un passage assez obscur de Varron (L. L., VII, 73 sq.), dont nous parlerons de nouveau plus loin, laisse deviner une autre conception, ancienne et populaire, de la figure aux sept étoiles: quatre boeufs tirant une charrue (*ibidem*, 74, *nostris eas septem stellas triones et temonem [uocant]*).

Además, atribuye como propia de Varrón, por el hecho de mencionarla, la derivación de *triones* a partir de *terra*. En cambio, deja de lado, por demasiado intelectual e inverosímil, la explicación triangular de los *triones*, que aquí defendemos de principio a fin. Le Boeuffle es uno de tantos especialistas en nombres de astros que malinterpreta al autor latino, por no diferenciar antes lo que es pensamiento propio y lo que es atribuible a la tradición que transmite. Pero al menos ha tenido la deferencia de citarlo, pues otros hablan y hablan de *Septentriones* sin atender a la principal fuente para esclarecer el contenido de semejante compuesto. La equivalencia de tantos bueyes como estrellas es una

¹ Este trabajo ha surgido mientras realizábamos otro sobre el lat. **tirare*, de origen desconocido, pero muy presente en la Romania central y occidental. Al final, resulta que el sustantivo *trio* está en la base de tal verbo y, por ello, ha merecido este primer estudio, antes de concluir el de **tirare*. El autor ha procurado atender las observaciones procedentes de la evaluación, que agradece sinceramente.

confusión que viene por lo menos del final de la Antigüedad. Y que sepamos, no ha habido manera de aclararla, sin antes averiguar el significado de *trio*, *-onis* desde el propio étimo.

Varrón de Reate (116-27 a.C.) requiere ser bien leído, porque él ha legado la primera información, la más fidedigna, sobre la gran metáfora de los *Septentriones*. Dedicó tres importantes párrafos de su tratado *De lingua latina* (7, 73-75) a explicar el origen rústico del nombre de los *Triones* polares. El primero servirá aquí de conclusión a los otros dos. En el segundo dejó constancia de que los latinos dieron tal denominación a las siete estrellas llamadas por los griegos Ἄμαξα (*Hámaxa*: ‘el Carro’). Aquel plural ha contado con un buen empleo en composición y por separado. Descendiendo a su uso común, añadió que *triones* eran los bueyes que aran y transmitió una explicación etimológica popular de la palabra (*a terra terriones, unde triones*), probablemente recogida ya por su maestro Elio Estilón:

- (1) *Eius signa sunt, quod has septem stellas Graeci ut Homerus uoca<n>t Ἄμαξαν et propinqu<u>m eius signum Βοώτην, nostri eas septem stellas Triones et Temonem et prope eas Axem; triones enim et boues appellantur a bubulcis etiam nunc, maxime cum arant terra<m> (...); sic omnes qui terram arabant a terra terriones, unde triones ut dicerentur <e> detricto* (Varro, *Ling.* 7, 74).

«Constelaciones de este tipo son las siete estrellas que los griegos, p. ej. Homero, llaman *Hámaxa* (‘el Carro’) y la de *Bootes* (‘el Boyero’) próxima a ella; entre nosotros las siete estrellas se denominan *Triones* y también el *Timón* cerca del eje polar. En efecto, todavía ahora los boyeros llaman *triones* a los bueyes, sobre todo cuando aran la tierra (...); así, todos los que araban la tierra por ella se llamaron *terriones*; de donde, con la pérdida de una <e>, se dirían *triones*»².

En el texto anterior, detrás de *Triones*, que es el banderín de este estudio, aparece *Temo*, *-onis* (‘el Timón’) unido a él por la copulativa *et*; por lo que merece no menos atención. Carecería de sentido que dentro de esa coordinación designara solo una parte del Carro; al contrario, la relación de paridad entre ambos términos invita a ver en él la Osa Menor. Lo que quiere decir que en la descripción de *Triones* el autor ha tenido presente la imagen de la Osa Mayor, la más característica y distante del polo. Por si hubiera alguna duda al respecto, esta constelación es seguida de cerca por la del Boyero, como se dice poco antes: Ἄμαξαν et propinqu<u>m eius signum Βοώτην. Y si las estrellas de la Mayor están próximas al Boyero, las de la Menor, esto es, las del Timón, tienen

² Pese al uso de comillas, las traducciones de los textos latinos son del autor del artículo, salvo indicación en otro sentido. La transcripción *Hámaxa* podría ser también *Ámaxa*, pues la palabra griega lleva espíritu áspero en jonio y suave en ático.

tan cerca el eje polar (*prope eas Axem*) que la del extremo de su timón, la más próxima a él, recibirá el nombre de Estrella Polar³.

El tercer párrafo es un texto breve, que no llega a la mitad de la amplitud del segundo (1). En él se explican los nombres dados a las dos constelaciones. Primero, el origen y la sinécdoque que implica el uso de *Temo*. Seguidamente, la disposición triangular de las estrellas como razón del nombre *Triones*:

- (2) *Temo dictus a tenendo; is enim continet iugum et plaustrum, appellatum a parte totum, ut multa. Possunt Triones dicti, VII quod ita sitae stellae, ut ternae trigona faciant* (Varro, *Ling.* 7, 75).

«*Temo* ('el Timón') se dice de *tenere* ('tener'), pues este mantiene unidos el yugo y el carro; por la parte se nombra el todo, como en tantas cosas. Se pueden llamar *Triones*, porque las siete estrellas están dispuestas de tal manera que cada trío forma un triángulo».

La derivación de *Temo* a partir del verbo *tenere* 'tener' se ha puesto en entredicho. Con todo, el autor la razona bien en el plano significativo, pues el timón mantiene (*continet*) unidos el yugo y el carro⁴. *Temo* como nombre de la Osa Menor es una metáfora y además es una sinécdoque de la parte por el todo. En el orden pragmático representa el tópico o tema de la exposición; como tal, aparece en función de sujeto en la primera frase y en la segunda, gracias al pronombre anafórico: *Temo dictus... is... continet iugum et plaustrum*. A continuación, se quiebra el orden temático en la formulación de la sinécdoque (*appellatum a parte totum*), en la que el nuevo sujeto es el indefinido sustantivado. Podría dar la impresión de que la sinécdoque se refiriere al contiguo *plaustrum*; pero tal riesgo se puede evitar con la pausa fuerte que hemos interpuesto en la traducción. Por contexto el Timón pasa de la parte, que es en principio, a designar la constelación entera⁵. Ya en la frase conclusiva, puede entenderse que *Triones* se refiere a las dos Osas y no solo de la Mayor, pues las estrellas de ambas tienen una disposición similar, capaz de conformar

³ Esta estrella marca la orientación del polo norte y puede identificarse recorriendo en línea recta cinco veces el tramo que separa las dos estrellas finales del carro de la Osa Mayor (Heifetz & Tirion 2022: 31).

⁴ Creemos que la explicación del origen de *Temo* no se puede calificar de etimología errónea (Kent 1967: 331; Hernández Miguel 1998: 55, n. 286), sin estar seguros de su procedencia. Flobert (2019: §§ 73, n. 2; 75, n. 1) prefiere la derivación de *tendere*. Ambos verbos *tenere* 'tener sujeto' y *tendere* 'tender, extender, tensar, prolongar', pertenecen a la misma raíz. Quizá la función dinámica del timón que une el arado o el carro al yugo favorece la conexión con el segundo verbo. Si tuviéramos que ilustrar esta relación con una metáfora, diríamos que el timón es una especie de *tendón* 'anatómico' que une el músculo bovino al hueso del arado o del carro. Aunque no todo es llano en el plano fonético y morfológico, Ernout & Meillet (2001: s. u.), Walde & Hofmann (1982: s. u.) y De Vaan (2008: s. u.) parecen avenirse a tal origen.

⁵ Esta es una relación metafórica de la que tampoco parecen dudar otros traductores: Kent (1967: 333), Marcos Casquero (1990: 265), Hernández Miguel (1998: 55, n. 287).

triángulos. Veremos que en la configuración triangular –de la yunta de bueyes antes que de las dos constelaciones– reside la clave de la explicación del origen de *trio*.

La cercanía al polo de la primera estrella, la más brillante, del timón de la Osa Menor y su importancia orientadora son suficiente motivo, para que toda la constelación haya recibido la denominación de Timón. La Estrella Polar sigue acercándose al extremo del eje de rotación de la Tierra. Transcurridos algunos milenios, se alejará de él. Así es como se ve el proceso desde el hemisferio norte de nuestro planeta. En realidad, son los giros de este los que aproximan poco a poco el polo a dicha estrella y, consiguientemente, lo distanciarán también de ella. Una vez identificado *Temo* como nombre especial de la Osa Menor, cabe poner de relieve el testimonio de la aproximación del eje terrestre a sus estrellas (*prope eas Axem*) en época de Varrón. Antes que él, el poeta Ennio (239-169 a.C.) emplea ya la sinécdoque de *Temo* como nombre de la Osa Menor para indicar el transcurso estelar de la noche⁶:

- (3) *Quid noctis uidetur? In altisono
caeli clipeo Temo superat
stellas sublime agens etiam
atque etiam noctis iter* (Enn., *Scaen.* 99).

«¿Qué hora puede ser? En el escudo altisonante del cielo el Timón (‘la Osa Menor’) sobrepasa las estrellas y prosigue sin cesar el curso ascendente de la noche».

Este fragmento de Ennio, en realidad, lo transmite Varrón al principio del párrafo 73 que precede a los dos comentados (1, 2). Veamos qué sugirieron esos versos al reatino, pues ahí puede estar la primera clave de lo que hemos visto en los dos que lo siguen:

- (4) *Hic multam noctem ostendere uolt a Temonis motu; sed Temo unde et cur
dicatur latet. Arbitror antiquos rusticos primum notasse quaedam in caelo
signa, quae praeter alia erant insignia atque ad aliquem usum, <ut>
culturae tempus, designandum conuenire animaduertebantur* (Varro, *Ling.* 7, 73).

«Aquí se propone [Ennio] mostrar lo que ha avanzado la noche a consecuencia del movimiento del Timón; pero se oculta de dónde y por qué se llama

⁶ Aunque el trágico latino parece inspirarse en la *Ifigenia en Áulide* de Eurípides, las referencias estelares en este son diferentes (Segura Moreno 1984: 21, n. 2). La sinécdoque de *Temo* se mantiene a lo largo de la latinidad; en el s. IV el poeta Avieno (*Arat.* 131) lo usa igualmente por la constelación entera. Se trata de un procedimiento expresivo recurrente en otras constelaciones. El propio Varrón (*Rust.* 3, 16, 34) emplea el nombre de *Arcturus*, la estrella más brillante de *Bootes*, con referencia global (Le Boeuffle 1977: 92-97).

Timón⁷. Creo que los antiguos campesinos ante todo observaron ciertas constelaciones en el cielo, más llamativas que otras, y *caían en la cuenta* de que eran útiles para señalar alguna labor, como el tiempo de cultivo».

Los diferentes movimientos de la esfera terrestre acusan desplazamientos de las constelaciones que en otro tiempo podían ser una señal para comenzar determinadas faenas agrícolas. En esa coincidencia del manejo de las yuntas de bueyes con lo que ocurría en el cielo estrellado se puede ver otro motivo, además del habitual de la similitud de forma, para que los antiguos latinos traspusieran el nombre de sus *triones* terrestres a los imaginarios *Triones* que movían dos grupos de estrellas. El engarce del final de este párrafo (*animaduertebantur*) con el principio del siguiente (*Eius signa sunt...*: «Constelaciones de este tipo son...»), comentado ya en (1), no deja lugar a dudas sobre la *función de advertencia* que ejercían los *Triones* celestes para comenzar ciertas labores. Resulta obvio que el cielo estrellado ha movido las actividades que se ejecutan sobre la tierra bastante más de lo que se cree.

1.2. TRIO Y SEPTENTRIONES EN LA TRADICIÓN LEXICOGRÁFICA Y ANTE LA CRÍTICA ETIMOLÓGICA

A diferencia de *Septentriones* que dispone del singular *Septentrio* ‘Osa Polar’, el nombre común *triones* pasó a ser una especie de *plurale tantum*, de modo que los diccionarios descriptivos de los dos últimos siglos omiten el singular o lo remiten sin más al plural⁸. Por el contrario, en el siglo XVIII Forcellini (1965: *s. u. trio*), con buen sentido histórico, colocaba la descripción polisémica completa en la entrada del singular. Con dos significados: el propiamente (*proprie*) bovino, transmitido por Varrón y Aulo Gelio, y el traslaticio:

- (5) *[trio] duo diuersa significat: (...) est bos aratorius; a terendo dictus est, ut docet Varro, Isid. (...). Translate, a similitudine triones dicuntur duo Arcti seu duae Vrsae, Maior et Minor.*
 «*[trio]* designa dos cosas diversas: (...) es el *buey que ara*; se dice de roturar la tierra, como enseñan Varrón, Isidoro (...). Por traslación, en razón de su semejanza, *triones* se llaman las dos constelaciones polares u Osas Mayor y Menor».

⁷ Si echaba en falta una explicación del origen de *Temo*, no tardaría en darla en el tercero de sus párrafos, ya citado aquí (2).

⁸ En Glare (1985: *s. u. triones*) no hay mención del singular. En otros diccionarios se da la mera referencia o poco más: Georges (1969: *s. u. trio = terio, v. tero*): *der Dreschochse* ‘el buey trillador’; Gaffiot (2000: *s. u. trio, -onis, v. triones*), Lewis & Short (1984: *s. u. trio, -onis, v. Triones*).

Los etimólogos modernos, siguiendo la tradición antigua (*a terenda terra* ‘de roturar la tierra’), atribuyen el origen del sustantivo en cuestión, con más o menos convicción, a la familia de *terere*, *trivi*, *tritum* ‘roturar, desmenuzar, triturar, trillar’, como si *trio*, *-onis* hubiera salido de **triuīō* > *tri(i)ō*⁹. Sin duda, uno de los significados de *terere* es ‘trillar’ (cf. *tribŭlum* > *trillo*). A ello se añade que las dos constelaciones parecen girar en torno al eje (*Axis*) de la Tierra, como si el casquete polar fuera una inmensa era con una parva de sus mismas dimensiones. Además, por ese giro en círculo la Osa Mayor recibe, al menos desde época helenística, el nombre de *Hélice* (gr. Ἑλιξ, Ἑλίκη, lat. *Helice*)¹⁰. Sin embargo, *terere* no pasa de ser una etimología popular de *trio*, *-onis*, y *trillar* ha sido tan solo una tarea estacional de los *triones* terrestres; trabajos mucho más frecuentes son el de tirar del carro y el de arar, al que Varrón concede la máxima importancia (*triones... boues... maxime cum arant*).

Ahora bien, el mayor error de etimólogos, lexicógrafos, editores y traductores ha consistido en entender *trio* como si fuera un singular de referencia individual (‘bos aratorius’, ‘buey de labranza’, ‘boeuf de labour’, ‘Pflugochse’ o ‘buey trillador’, ‘Dreschochse’, ‘threshing ox, etc.). Esta incorrecta interpretación de *trio* por ‘buey’, motivada por el fracaso de la indagación etimológica, ha conducido a la consiguiente del compuesto *Septentriones* por siete bueyes aradores, trilladores o que tiran del carro¹¹. Lo cual ha supuesto meterse en un callejón sin salida que viene de la tradición antigua y del que solo cabe salvar las interpretaciones de Varrón, Festo y Gelio¹².

Todo ello ha contribuido a cierto descrédito del compuesto latino *Septentriones* entre indoeuropeístas y romanistas. Ante la falta de claridad fonética y significativa en su segundo elemento, algunos han pretendido ver en *-triones* la adaptación latina de la base griega de ‘estrella’, para llegar al resultado de ‘Siete Estrellas’. Scherer (1953: 138-139) comenzó señalando, sin más pretensiones, la correspondencia existente desde época helenística entre el adjetivo sustantivado ἑπτ-άστερον ‘Siebengestirn’ y el sintagma latino *septem stellae*, atestiguado desde Accio (566 R). Y Szemerényi (1962: 188-191), tomándole la palabra, se empleó a fondo para aproximar, pese a las dificultades fonéticas, el origen de *-triones* a la expresión griega.

⁹ Así, Pokorny (1959: 1071), Walde & Hoffmann (1982: s. u. *trio*) y Ernout & Meillet (2001: s. u. *trio*). En De Vaan (2008) falta el lema incluso en plural. Tal opinión ha sido compartida por no pocos editores de los textos que manejamos aquí; p. ej., Kent 1967: Varro, *Ling.* 7, 74, n. d: «*Trio* is a derivative of *terere* ‘to tread out (the grain from the stalks)’»; Rolfe 1970: Gell., 2, 21, 8, n. 5: «*Triones* is connected with *tero*, ‘rub, tread’»; y por otros estudiosos: Le Boeuffle (1977: 87-88), Scherer (1953: 136).

¹⁰ Scherer (1953: 133, 139), Szemerényi (1962: 191), Le Boeuffle (1977: 84).

¹¹ «Die Sieben Ochsen und Die Ochsen mit dem Pflug». «...während bei den ‘7 Ochsen’ die 7 Sterne als gleichwertige Individuen aufgefasst sind» (Scherer 1953: 134-135, 138; Szemerényi 1962: 189).

¹² Entre Varrón y Gelio (segunda mitad del s. II d.C.) se sitúa el testimonio fragmentario de Festo (pp. 454, 456), que está en la línea de lo dicho por Varrón.

El planteamiento de la posición crítica de este último es de una obviedad supina: «Whoever looks at the sky (...) will find it difficult to discover oxen in this constellation». La réplica podría ser no menos obvia, pues tan difícil como bueyes es encontrar en el cielo un carro o una osa, referentes no menos pedestres a los que no se pone ningún reparo. Bien es cierto que estos se atestiguan en lenguas diferentes, como manifiesta el crítico. Pero el referente bovino, aun siendo más característico del latín, no es exclusivo de él (*cf.* Le Boeuffle 1977: 88). Y aunque así fuera, no habría motivo para rechazarlo, al menos sin haber prestado mayor atención a las fuentes textuales pertinentes.

Continúa Szemerényi su argumentación calificando de inverosímil que se trate de ‘siete bueyes trilladores’, cuando la respuesta natural es que sean ‘seven stars’. De hecho, el ant. ingl. tiene *sibunsterri* y el med. aal. *sibengestirne* y *sibensterne* ‘septentrio’. Sin embargo, su pretensión de interpretar de otra manera la expresión latina le exige demasiadas explicaciones. Dado que la raíz ie. **stēr*, **st(e)ros* sobrevive en la lengua del Lacio (**ster-la* > *stella*), en principio no ve inconveniente en que *septentrio* proceda de **septem-striōn-*; este sería un compuesto como *septimontium* ‘recinto de las siete colinas latinas’, salvo por el sufijo *-iōn-*, que podría ser análogo al de *consortio* o *communio*, *-iōn-is*.

No conforme con esa posibilidad, considera más probable partir de la variante **septem-steriōn-*, formada sobre el adjetivo **septem-ster-i-s* o **septem-ster-io-s*, con síncope de la *-e-*. El paso del hipotético **septem-ster-io* a *septentrio* le parece evidente; pero el cruce homonímico de *trio* ‘(threshing) ox’ vendría a complicar la identidad del segundo elemento del compuesto, de manera que su significado, por etimología popular, sería reinterpretado como ‘seven oxen’, en vez de ‘seven stars’. He aquí las primeras líneas del desconsolado lamento final del autor: «Thus Latin *septentrio* is robbed of the charming imagery so long and so fondly nurtured: the Romans, originally at any rate, did not see oxen where no one else can see them». Sin duda, habría sido cierto consuelo para el crítico haber caído en la cuenta de que la constelación más próxima a la Osa Mayor no solo recibe el nombre griego de *Bootes* (el Boyero), sino que este se ha entendido como conductor de los bueyes uncidos al Carro de la Osa, según lo presenta el poeta Propercio:

- (6) (...) cur *serus uersare boues et Plaustra Bootes* (Prop. 3, 5, 35).
«(...) por qué tarda Bootes en hacer girar los bueyes y el Carro».

La propuesta drástica de Szemerényi ha sido admitida por Leumann (1977: 212) y aceptada por romanistas que insisten en ver el origen de *Septentrio* en **septemsterion* o **septem(a)sterion* ‘siete estrellas’¹³. Este último compuesto,

¹³ Así se pronuncia el semantista Baldinger (1970: 32, n. 7): «No es menos interesante la etimología popular basada en la falsa interpretación de *septentriōn*: los ‘siete bueyes trilladores’ para

a causa de la (*a*)-, solo podría entenderse como híbrido grecolatino, pues ya *astrum* es préstamo en latín. Además, el adjetivo ἀστέριος, α, ον ‘estrellado’ no se atestigua, exento y sustantivado, hasta Plinio con un sentido técnico muy particular (*Nat.* 29, 86: *asterion* ‘araña surcada de rayas blancas’) y su escaso uso posterior con otras acepciones (*TLL s. u.*) es irrelevante aquí. Es normal que la metáfora viaje de la ‘estrella’ a la ‘araña’, como ocurre también en *estrella de mar*¹⁴. A la inversa, el adjetivo requeriría el sustantivo metafórico para designar la Osa Mayor, como ocurre en el poeta Calímaco (*Frg.* 228, 5): ἀστερία Ἄμαξα ‘el Carro estrellado’.

A diferencia del compuesto helenístico ἐπτ-άστερον, indicado por Scherer, *Septentrio* es secundario respecto del plural *Septentriones*. Szemerényi no se libró del doble error de tomar el singular por forma primordial y de aceptar el significado individual de ‘buey’ en el componente *trio*. Dando por bueno ese significado, difundido al menos desde Isidoro de Sevilla, los críticos anteriores se han visto inducidos a dar una explicación etimológica de la palabra no menos popular que la de *a terra terriones*, *unde triones*. Aunque mencionada por Varrón, esta no era suya ni, seguramente, creía en ella. El hecho es que las interpretaciones etimológicas de Szemerényi y de quienes lo han seguido destruyen la identidad rural de la gran metáfora que encierran los *Triones* celestes: una metáfora con asiento en la mejor tradición latina.

Por más que cualquier metáfora pueda ser la simple elipsis de una comparación, a lo largo de esta exposición se comprobará cuán compleja es la que nos ocupa. En principio, parte de una labor agrícola cotidiana y comprende varios parámetros que se considerarán en los dos capítulos siguientes, antes de prolongarse en la alegoría propia de un catasterismo¹⁵. Este es un fenómeno frecuente en el mundo antiguo que la crítica no ha tenido en cuenta a propósito de *Septentriones*. Además de la constelación del Boyero, cabía reparar en las del Zodiaco, pues entre las siete catasterizaciones de animales está la de *Taurus*.

la misma constelación (latín *trio* ‘buey’), una interpretación que ya se encuentra en la Antigüedad. También esta visión de las siete estrellas de la Osa Mayor sobrepasa las posibilidades de la fantasía. Szemerényi demuestra que *septentrio* remite a **septemsterion* ‘siete estrellas’ (...). De nuevo nos lleva la etimología popular a una visión solo aparentemente motivada, que no tiene base efectiva en la realidad». También Zamboni (1988: 155): «Otro caso de metáfora sideral errada se da en el nombre latino de la constelación, *septentriones*, interpretado como los ‘siete (*septem*) bueyes de labor (*triones*)’, donde, en realidad, hay que remontarse a un **septem(a)sterion* ‘siete estrellas».

¹⁴ Esta metáfora es ya usual en griego (*DGE s. u.* ἀστήρ III).

¹⁵ En los *Catasterismos* de Eratóstenes, editados por Robert (1963: 50-59), las Osas Mayor y Menor ocupan los dos primeros capítulos. Ambas representan las catasterizaciones de las ninfas Hélice y Cinosura (gr. Κυνόσουρα ‘Cola de perro’), que fueron nodrizas de Zeus. Con la primera suele confundirse la princesa Calisto que tuvo un hijo de él.

2. *TRIŌ, -ŌNIS*: UN ARCAÍSMO RÚSTICO MALINTERPRETADO POR ‘BUEY’ EN VEZ DE POR ‘YUNTA’

Del testimonio de Varrón (1) se deduce que *trio, -onis* era un arcaísmo rural. De este ámbito había pasado, como metáfora, a denominar las siete estrellas (*Septem Triones*) de las dos constelaciones polares. Estas recibían, al menos desde Homero, los nombres de Ἄμαξα ‘el Carro’, tal como consta en la *Iliada* (18, 487) y en la *Odisea* (7). Si se tiene en cuenta que la segunda epopeya recibió temprana traducción latina en la *Odusia* de Livio Andronico, no sería extraño que la palabra griega fuera vertida ya por *Septentriones*. Esta aparece como metáfora lexicalizada unos decenios después en Plauto (8). Lo cual es una razón de más para sospechar que el traductor dispuso de la expresión:

- (7) ... καὶ ὄψε δύνοντα Βοώτην
Ἄρκτον θ’, ἦν καὶ Ἄμαξαν ἐπικλησιν καλέουσιν (*Od.* 5, 272-273).
«[Ulises velaba] al Boyero de ocaso tardío y a la Osa, a que otros dan nombre de Carro»¹⁶.
- (8) *Credo ego hac noctu Nocturnum obdormiuisse ebrium.*
Nam neque se Septentriones quoquam caelo commouent (Plaut., *Amph.* 272-273).
«Creo yo que esta noche el Lucero del Alba se ha dormido borracho; pues ni la Osa Mayor se desplaza a alguna parte del cielo».

En tal caso, puesto que la *Odusia* fue texto escolar de los niños romanos durante generaciones, contribuiría a fortalecer el empleo del pujante compuesto estelar, en detrimento del nombre simple *triones* pronto reducido al ámbito rústico. Al parecer, el único uso no metalingüístico de este se registra en un fragmento de Nevio (9) que trae ecos de la tragedia *Ifigenia en Táuride* de Eurípides, transmitido por Isidoro de Sevilla (*cf.* 11). Fuera de él, se carece de otros testimonios directos, que no sean comentarios de la voz arcaica en que se convirtió el nombre común. Pero ello, es suficiente para contar con el concepto primario del que partió la metáfora y poder investigar tanto la etimología de *trio* como el desarrollo de la imagen sideral:

- (9) (...) *trionum hic moderator rusticus* (Naeu., *Trag.* 20 W).
«(...) este labriego que cuida de las yuntas de bueyes».

Con la referencia estelar, *Triones* sería una traducción bien integrada en el contexto del Carro de los griegos. En efecto, si como nombre común designa los bueyes que aran, estos son también los mismos que tiran del carro, pues

¹⁶ Traducción de J. M. Pabón, Madrid, Gredos, 2019: p. 189.

para uno y otro menester van uncidos. Lo cual es confirmado expresamente por Servio en su comentario a la *Eneida*:

- (10) *Non ergo incongrue dixit ‘Triones’, quia Septemtriones Plaustra a nonnullis dicuntur* (Seru., *Aen.* 1, 744).
«Luego no dijo de forma incongruente *Triones*, pues Carros llaman algunos a los Septentriones».

Y ¿cuántos serían los bueyes metafóricos que tiran de los Carros boreales? Según las opiniones expuestas desde el primer capítulo, son siete, es decir, uno por *trio*. Pero esto es un error propio de traductores raudos que se atienen a interpretaciones tradicionales o que pasan sobre las palabras sin atender a su integración contextual y sin preguntarse, seriamente, por el significado etimológico que condiciona los empleos posteriores. A propósito de la afirmación «Die Sieben Ochsen... mit dem Pflug» (cf. n. 11), uno se pregunta qué hacen con el arado «los Siete Bueyes», como traducción literal de *Septem Triones*. Si los bueyes aran por parejas, sobra un buey y bastan tres arados. Por tanto, no hay manera de compaginar tales números con las Siete Estrellas. La explicación simplista de Isidoro que precede al texto anterior de Nevio (9) ha sido determinante en la difusión tanto de la referencia individual mal atribuida a *trio* (*hunc = bouem, trionem uocant*) como de su falsa etimología en relación con *terram terere*:

- (11) *Bouem Graeci βοῦν dicunt. Hunc Latini trionem uocant, eo quod terram terat, quasi terionem. Naeuius...* (Isid., *Orig.* 12, 1, 30).
«Los griegos denominan *boûs* al buey. A este los latinos lo llaman *trio*, porque rotura la tierra, como si se dijera *terio*. Nevio...».

Claro que esta explicación popular que él contribuyó a consolidar venía de antiguo. De hecho, en el texto de Varrón citado en primer lugar (1) hay cierta ambigüedad expresiva que la crítica moderna no ha aclarado. Aunque en la explicación de *triones* el reatino es fuente fiable, ¿qué significaba el singular *trio* para él? Define los *triones* como ‘bueyes que aran’: *Triones enim et boves appellantur a bubulcis etiam nunc, maxime cum arant terram* («Pues todavía ahora los boyeros llaman *triones* a los bueyes, sobre todo cuando aran la tierra»). Si uno se detiene en la primera parte de la frase, puede creer que *triones* es un plural como *boves*; con lo cual el singular *trio* se reduce a la simple unidad de ‘un buey’, como equivalente de *bos*. Esta es la interpretación común que transmitió Isidoro y sigue viva hasta hoy; pero que aquí venimos rechazando desde el principio.

La segunda parte del texto varroniano aclara no poco, pero no todo, como se verá en seguida. Uno podría entender, merced a la restricción de *maxime*, que *triones* designa los bueyes solo cuando están uncidos al yugo. Pero no; pues

es de suponer que siguen siendo *triones* cuando descansan y andan sueltos, por la sencilla razón de que mantienen la condición de pareja ‘conyugal’. Así que el singular *trio* designa la yunta como colectivo singular, en tanto que *triones* se refiere a parejas de yuntas como colectivo plural. En consecuencia, los *Septentriones* no están formados por siete bues, sino por siete yuntas tirando al unísono del Carro. Por lo demás, *Plaustrum* (‘Carro’), que calca el gr. Ἀμάξα (*Hámaza* ‘carro de cuatro ruedas’), y asimismo *Septentriones* pueden operar como sinécdoques del todo por la parte, esto es, ‘el Carro (tirado por las yuntas)’ y ‘las Siete Yuntas (que tiran del carro)’.

Después de Varrón, un texto fragmentario del lexicógrafo Festo que compendió en el s. II d.C. el tratado *De uerborum significatu*, compuesto por Verrio Flaco en el siglo anterior, confirma el carácter de yuntas que tienen los *triones* (12). Si no un recordatorio, es una buena advertencia de que, además de tener idea del significado de las palabras, hay que estar atentos a la realidad que representan:

- (12) <Septentriones> septem stellae appell... .. <bu>bus iunctis, quos trio<nes> appellent (Fest. pp. 454, 456).
«Las siete estrellas llam<adas> <Septentriones>... .. con los <bu>eyes uncidos, a los que llamen *trio<nes>*».

Luego si los bues van sujetos al yugo, el singular *trio* no puede ser un buey, sino una pareja de bues. Por consiguiente, *Septem Triones* serán Siete Parejas de bues. En suma, son catorce los bues que tiran de los Carros de cada una de las constelaciones boreales. De otra manera, *Septentriones* se convierte en la aporía insoluble que ha venido siendo.

3. TRIŌ, -ŌNIS COMO DERIVADO DE TRES, TRIA. Y LA FIGURA TRIANGULAR DE LA YUNTA

En el texto (2) Varrón trató de explicar por qué las constelaciones hiperbóreas reciben el nombre de *Triones*. Pero fue tan parco en su expresión que la pretendida disposición ternaria que atribuye a las estrellas (*ita sitae stellae, ut ternae trigona faciant*: «las estrellas están dispuestas de tal manera que cada terna forma un triángulo») no ha surtido el efecto que se habría esperado. El hecho es que, fuera de la exploración científica, las cosas del cielo se han visto con gran libertad desde el aposento terrestre y, por consiguiente, se ha procurado adaptarlas a las dimensiones humanas.

Puesto que las denominaciones estelares de Carro y de Siete Yuntas, que es lo que quiere decir *Septentriones*, son en principio metáforas, parece obvio que en tales traslaciones se confiera a las yuntas celestes las características de

forma y función propias de las terrícolas. Por tanto, la formación triangular de los *Septentriones* depende en realidad de la que tienen las yuntas de bueyes arando. Lo curioso es que el reatino asigna tal figura geométrica solo a los *Triones* celestes; quizá porque la da por bien supuesta en los terrestres. Esto es, una pareja uncida no ara sola, pues el imprescindible arador que la conduce y maneja el arado ha de completar el *trio* y cerrar la figura triangular. Este nos parece un dato tan claro que no necesitaría mayor explicitud¹⁷.

A la vista del texto mencionado, creemos que no era tan difícil reconocer la temprana creación en la lengua rústica de *trio*, *-onis* como ‘conjunto de tres’, al igual que se usaban *binio*, *trinio* o *ternio*, *quatrio* o *quaternio*, *quinio*, *senio* e incluso *unio* para designar los números que aparecen en el juego de los dados (cf. Isid., *Orig.* 18, 65)¹⁸. Teniendo en cuenta este pasaje de Isidoro, Forcellini (1965: s. u. *trio* B) define la palabra así: «*Trio est etiam idem ac ternio... ubi alii leg<unt> trinio*». Sin embargo, este valor de ‘suerte del tres’, que debería haber dado lugar a establecer el vínculo etimológico de *trio* con dicho número, queda sin efecto, después de haberle atribuido en el apartado A como significado propio el individual de ‘bos aratorius’ y apoyar en él el uso traslaticio de los *Triones* estelares (5)¹⁹. André (1962: 34-35) deriva *trio* de *tres*; pero le asigna el inverosímil significado de ‘buey de tres años’, inconciliable con el testimonio de Varrón, que conocía bien las cosas del campo, y con el que sigue de Aulo Gelio (13), como yunta de bueyes²⁰.

Tampoco este necesitó aclarar la configuración triangular de la yunta que ara para entender su aplicación traslaticia a los *Septentriones*. Navegando de

¹⁷ En todo caso, si el concepto del arador no está expreso, no deja de estar implícito. Helo explícito en la definición de una palabra española. Como continuación del lat. *opëra*, la voz *huebra* designa, además del ‘espacio arado en un día’, el ‘*par de mulas y mozo para trabajar un día entero*’ (*DLE*: s. u.). El arador y la pareja de bueyes forman, pues, un triángulo con no menor derecho que la pareja humana y un tercero o tercera que componen un triángulo amoroso. Se podrá objetar que son relaciones dispares; pero por más dispares que sean, en ambos casos se trata de parejas ‘conyugales’ y el yugo real lo llevan los bueyes; el que soportan los cónyuges humanos solo es metafórico. Otro tanto se podría decir del divorcio, pues el *diuortium* original está en la pareja dispar de animales que tira en sentidos diferentes (prefijo *dis-*) hasta romper el yugo.

¹⁸ La productividad denominativa del número ‘tres’ sobre base latina y griega parece no tener límite. Ausonio le dedicó un poema de noventa versos; lo que equivale a decir tres por treinta. Titulado «El enigma del número tres», lo compuso durante una noche de juerga del año 368 o 369 d.C. (Alvar Ezquerro 1990: 23-38). Aun sin mencionar los ordinales y los colectivos anteriores, cardinales, distributivos, multiplicativos, derivados y compuestos alcanzan casi las cien ocurrencias (Lasagna 2010: 409-424).

¹⁹ Commelerán y Gómez (1912: s. u. *trio*), cuyo diccionario lleva la adscripción de etimológico, sigue la misma pauta descriptiva (el buey que ara, las dos Osas y la suerte del tres), sin caer en la cuenta de la clave colectiva de *trio* respecto del concepto de ‘tres’.

²⁰ Ernout & Meillet, en las adiciones y correcciones a la cuarta edición (2me. tirage, 1967) de su diccionario, ponían un interrogante a la hipótesis de André. Y Flobert (2019: 76), aunque parece asentir a esta (§ 74, n. 3), después (§ 75, n. 2) destaca la importancia del número tres en otro sentido: «Deuxième explication de *triones*, par le nombre trois, à cause du groupement des boeufs par trois, cf. *trigona* (jeu de balles à trois)».

Egina al Pireo en una noche de verano, entabla conversación con un grupo de jóvenes griegos y romanos acerca de los nombres de la Osa Mayor. Quiere saber de estos muy en particular qué explicación tiene el nombre latino. Uno versado en las letras antiguas, después de referir la opinión insustancial de los gramáticos, se muestra de acuerdo con los antepasados y pone de relieve la agrupación triangular (*trigona*, *triquetras*) de las estrellas, anunciada ya por Varrón:

- (13) *Non enim satis est, quod septem stellas uidemus, sed quid hoc totum, quod Septentriones dicimus significet (...) Tum quispiam ex his (...): «Vulgus, inquit, grammaticorum ‘Septentriones’ a solo numero stellarum dictum putat. ‘Triones’ enim per sese nihil significare aiunt, sed uocabuli esse supplementum (...). Sed ego quidem cum L. Aelio et M. Varrone sentio, qui ‘triones’ rustico cetera uocabulo boues appellatos scribunt, quasi quosdam ‘terriones’, hoc est arandae colendaeque terrae idoneos. Itaque hoc sidus, quod a figura posituraque ipsa, quia simile plaustrum uidetur; antiqui Graecorum Ἀμάξαν dixerunt, nostri quoque ueteres a bubus iunctis, ‘Septentriones’ appellarunt, id est septem stellas, ex quibus quasi iuncti ‘triones’ figurantur. Praeter hanc, inquit, opinionem id quoque Varro addit, dubitare sese an propterea magis hae septem stellae ‘triones’ appellatae sint, quia ita sunt sitae ut ternae stellae proximae quaeque inter sese faciant ‘trigona’, id est triquetras figuras». Ex his duabus rationibus quas ille dixit, quod posterius est subtilius elegantiusque est uisum. Intuentibus enim nobis in illud, ita propemodum res erat, ut forma esse triquetra uiderentur (Gell. 2, 21, 5-11).*

«Pues no es suficiente el que veamos siete estrellas, sino qué significa el compuesto *Septentriones* que las nombra... Entonces uno de ellos... dice: «El común de los gramáticos piensa que se ha dicho *Septentriones* por el solo número de las estrellas. Pues afirman que ‘Triones’ por sí no significa nada, sino que es un mero suplemento de la palabra (...). Pero yo, por cierto, estoy de acuerdo con L. Elio y M. Varrón, quienes escriben que, además en expresión rústica, los bueyes se llaman ‘triones’, como si fueran ‘terriones’, esto es, idóneos para arar y trabajar la tierra. Así pues, a esta constelación que, por su misma figura y disposición, por parecerse a un carro, los antiguos griegos llamaron *Hámaxa*, también nuestros antiguos por la semejanza con las *yuntas de bueyes* la llamaron *Septentriones*, es decir, siete estrellas que vienen a representar las figuras de ‘triones’ *uncidos*. Fuera de esta opinión, sigue diciendo, Varrón añade también que él sospechaba que estas siete estrellas se llamaban ‘triones’ más bien por estar dispuestas de manera que cada tres próximas conforman triángulos, esto es, *figuras triangulares*». De los dos razonamientos expuestos por él, el posterior pareció más sutil y mejor fundado. Pues contemplándolas nosotros, su aspecto era más o menos tal que parecían formar triángulos».

En el texto se comienza reduciendo la aportación de Elio Estilón, maestro del reatino. Así, se anota la glosa popular *triones quasi terriones*, que se justifica por la labor agrícola de los *triones*: *hoc est arandae colendaeque terrae idoneos*. Pero se prescinde de la doble deducción etimológica que transmitía Varrón (1): *a terra terriones, unde triones*. En cambio, se aprueba por su figura y semejanza el nombre griego de ‘Carro’ y también la imagen latina de las siete estrellas que son como *triones* uncidos. Ninguna duda, pues, cabe de que los *triones* y, por consiguiente, los *Septentriones* son ‘yuntas de bueyes’ (*a bubus iunctis, quasi iuncti ‘triones’*). Se reafirma la sospecha varroniana de que las estrellas reciben el nombre de *triones* por su disposición triangular. Finalmente, Gelio recoge el asentimiento general sobre el mayor fundamento de la segunda explicación, la más propia de Varrón.

Por el contrario, en Isidoro de Sevilla el contenido de los textos de Varrón (1, 2) y Gelio (13) aparece resumido de forma drástica (14). Se prescinde de la forma triangular de los *triones* estelares y se atribuye una nueva razón a la glosa popular (*quod terram terant, quasi teriones*), en la que se insiste nueve libros más adelante (12, 1, 30), según se ha visto en (11). Semejante explicación etimológica sería incorporada en el *Seruius Auctus* (15) y ha llegado todavía viva a nuestro siglo en los diccionarios etimológicos y en las ediciones de los textos, como se ha comentado en el capítulo primero:

- (14) *Signorum primus Arcton, qui in axe fixus septem stellis in se reuolutis rotatur. Nomen est Graecum, quod Latine dicitur Vrsa; quae quia in modum plaustris uertitur, nostri eam Septentrionem dixerunt, Triones enim proprie sunt boues aratorii, dicti eo quod terram terant, quasi teriones* (Isid., *Orig.* 3, 71, 6-7).
«La primera de las constelaciones es *Arctos* que, fija en el polo, gira con sus siete estrellas rotando sobre sí mismas. El nombre es griego, pues en latín se llama *Vrsa* (‘la Osa’). Y puesto que gira al modo de un carro, los nuestros la llamaron *Septemtrio*. En efecto, *triones* son propiamente los bueyes que aran, llamados así porque roturan la tierra, como si fueran *teriones*».
- (15) *Et proprie triones sunt boues aratorii qui terram terant* (Seru., *Aen.* 1, 744).
«Y *triones* son propiamente los *bueyes aradores* que roturan la tierra».

En definitiva, no podemos decir que la relación metafórica entre *trio* ‘yunta de bueyes’ y *Septentriones* ‘Siete Yuntas’ no sea compleja, pues hay que tener en cuenta la diferencia entre singular y plural con la noción de colectivo por medio. Desvelado que *trio* no es un buey, sino una yunta movida por el arador se entenderá que los *Septentriones* sean ‘Siete Yuntas’, en este caso tirando del Carro; por tanto, la expresión surge como plural numérico. El singular colectivo *Septemtrio*, *-onis* es secundario y adquiere sentido, en la medida que

lo recibe cada una de las dos constelaciones (Belardi 1950: 57-58)²¹. Lo que quiere decir que sumadas ambas reciben el plural *Septentriones*, teniendo o sin tener en cuenta ya la designación primaria de ‘Siete Yuntas’.

4. OTRAS METÁFORAS ESTELARES DE FORMA Y FUNCIÓN

Las dos constelaciones polares reúnen una gran variedad denominativa en las tradiciones griega y latina. Conviene no perder de vista su origen particular, pues cada nombre evoca aspectos diferentes que tienen que ver sobre todo con la forma con que se representan aquellas. Desde el primer texto (1) hemos visto que el nombre de *Septentriones*, aplicado a las Osas Mayor y Menor y por excelencia a la primera, admite la reducción a *Triones* (‘Yuntas’) como elemento más significativo del compuesto y por necesidad métrica en poesía. Por otra parte, el nombre homérico Ἄμαξα (‘el Carro’) fue vertido al latín por *Plaustrum*. Presente ya en Varrón (2), extenderá su uso con la sólita referencia estelar a partir de la época imperial (6). Lo que no creó ninguna dificultad respecto del tradicional *Septentriones*, pues tanto las yuntas que tiran del arado como las que tiran del carro llevan un timón.

Asimismo, el nombre de *Vrsa* (‘la Osa’) es calco semántico del gr. Ἄρκτος. Esta lengua ya había tomado el significado ‘carro’ del acadio o asirio *ereq(q)u / eriq(q)u* en Ἄμαξα; pero preferiría el nombre heredado del indoeuropeo. Con género común, ἄρκτος adoptó el femenino en la referencia astral. Mantuvo este género, tanto en la transcripción latina *Arctos* o *Arctus*, *-i* (adj. *arcticus* ‘ártico’) como en el calco semántico *Vrsa* (*Maior*, *Minor*). Esta denominación goza también de mayor éxito en las lenguas románicas (fr. *Ourse*, it. *Orsa*, etc.)²². En ello debió influir, desde el principio, el mito de la ninfa arcadia Calisto, amada por Zeus de quien tuvo un hijo llamado Árcade. Sacrificada por Ártemis, fue transformada en la constelación de la Osa Mayor²³. En consecuencia, la catasterización proporcionó también a la constelación la denominación de *sidus Arcadium*:

²¹ En romance pierde la referencia astral y *septentrión*, como nombre común, se limita a designar ‘el norte’ como punto cardinal o situación regional, el polo norte y el viento del norte (*DLE s. u.*).

²² Szemerényi (1962: 190), Baldinger (1970: 32), Zamboni (1988: 154-155).

²³ Ruiz de Elvira (1964: 210-211, n. 57). Calisto comparte esta catasterización con Hélice (cf. n. 14).

- (16) *Quasque [gentes] despectat uertice e summo
sidus Arcadium geminumque Plaustrum* (Sen. *Oed.* 476-477).
«Y las [naciones] contempladas desde el altísimo polo por la constelación
Arcadia y su Carro gemelo».

La imagen ursina de las constelaciones hiperbóreas es común a los pueblos que han vivido próximos al Polo Norte. Indígenas norteamericanos recurrieron al plantígrado que cazaban para darles nombre; en concreto, los iroqueses veían en las cuatro estrellas del cuadrilátero una osa y en las del timón a tres cazadores que la perseguían²⁴. La figura estelar de las Osas ha viajado desde las regiones del norte de Europa y del oeste de Siberia con el nombre común del oso (**rk̥os*) entre los pueblos indoeuropeos, hasta alcanzar el Mediterráneo oriental (gr. Ἄρκτος) y varios territorios asiáticos antes de llegar a la India. En esta, en vez de una Osa madre, se ven varios Osos, según corresponde al masculino plural *r̥’K̥sal̥*²⁵.

Excepciones como la de *Septentriones* se deben a creaciones particulares. Lo cual quiere decir que los latinos, al tomar de la ancestral labor agrícola el nombre de ‘Siete Yuntas’, no eran ajenos a la norma por la que la fantasía humana recrea imágenes de los referentes con que convive. A ella se asoció fácilmente, por medio del uso griego, la figura de Carro, procedente de la cultura sumeria situada al sur de Irak. Esto es, mientras la imagen septentrional de ‘Osa’ viajaba hacia el sur, se cruzó con la meridional de ‘Carro’, que hacía el recorrido en sentido inverso. Pese a la mayor pujanza de aquella, esta permanecerá gracias a su adecuación gráfica²⁶.

Con estos datos, es el momento de examinar la función de las Siete Yuntas. En el capítulo precedente hemos podido apreciar el intento de Varrón por dar una descripción triangular de los *Triones* estelares y la insistencia de Gelio en tal configuración. En efecto, la imagen triangular de la yunta de bueyes guiada por el arador, fundamental en *trio* como antigua voz rural, se proyecta metafóricamente sobre los *Septentriones*. La incorporación del arador ha sido clave para comprender la idea de triángulo que el reatino expresa, pero no explica: *triones dicti (...) quod (...) ternae trigona faciant* (2). Hemos

²⁴ Scherer (1953: 132, n. 1), Le Boeuffle (1977: 82).

²⁵ Szemerényi (1962: 190-191), Le Boeuffle (1977: 82), Chantraine (1968: s. u. ἄρκτος). Como dice este último, la desaparición del nombre común originario y, consiguientemente, de su referencia astral en las lenguas baltoeslavas y en las germánicas es atribuible a motivos de interdicción lingüística, con la consiguiente sustitución eufemística.

²⁶ Según me comunica Rafael Jiménez Zamudio, colega de largos años, latinista y especialista singular en acadio y sumerio, las variantes *ereqqu* / *eriququ* se deben a que «*riq* y *req* se representaban mediante el mismo signo cuneiforme». Su significado de ‘carro de carga’ correspondía al «sumerio *gish* MAR.GÍD.DA, cuya traducción literal sería ‘carro extenso, largo’, con el clasificador léxico *gish* ‘madera’, como puede comprobarse en el Código de Hammurapi, disposiciones 271 y 272. También aparece en sumerio *mul* MAR.GÍD.DA (con el clasificador *mul* ‘constelación’)).»

argumentado que sin arador no hay arada, de manera que este constituye el tercer ángulo que completa el *trio*. Ahora proponemos que la función de la labor que realizan o de la carga que llevan los *triones* no es menos importante que la traslación de la figura geométrica. En el plano terrestre el arador prepara, guía y estimula la yunta y este sentido dinámico se transforma en el impulso que los Siete Triones imprimen al Carro que se desplaza por el cielo boreal.

Los antiguos veían a simple vista más cosas que nosotros en las dos constelaciones en que se destacan las siete estrellas. Sin la idea moderna de las distancias siderales, las contemplaban como objetos de admiración no tan lejanos. Así que no puede sorprender que, atendiendo a las figuras que forman, les asignaran nombres más o menos familiares. No se limitaban a observar dos Carros desnudos con su timón, pues cerca de la Osa Mayor contemplaban la constelación del Boyero (gr. Βοώτης) que parecía guiar el Carro, como el *bubulcus* latino aguijaba a los bueyes arando. Claro que, si el Carro se convertía en Osa (*Arctus*), entonces Bootes pasaba a ser *Artofilace* (Ἄρκτοφύλαξ) ‘Guardián de la Osa’, cuya estrella más brillante es Arturo (Ἄρκτοῦρος) ‘Centinela de la Osa’. La perspectiva del cielo no dejaba de acomodarse a la de la tierra:

- (17) *Septentriones autem sequitur*
 «*Arctophylax, vulgo qui dicitur esse Bootes,*
Quod quasi temoni adiunctam prae se quatit Arctum» (Cic., *Nat. deor.* 2,
 109).
 «Pero sigue a los *Septentriones* «Artofilace, vulgarmente llamado Bootes,
 porque delante de sí estimula a la Osa Mayor casi junta a su timón»».

Por tanto, difícilmente el Carro de la Osa carecía de carga en su sempiterno viaje. En efecto, la idea de carga, como contenido, es tan esencial a la noción de carro, como continente, que a menudo por metonimia las dos nociones se identifican y entreveran; p. ej., en *descargar el carro (de leña)*, en vez de *descargar la leña (del carro)* o como en *beber un vaso (de agua)*, en vez de *beber el agua (del vaso)*. De hecho, *carga*, es derivado regresivo de *cargar*, que a su vez procede de **carr(i)care*, al igual que este deriva de *carrus*. Nada extraño hay, pues, en una relación complementaria *carro* .- *carga* que se remonta a la misma noción matriz. La cuestión final que se plantea es la distribución de la carga entre los *triones*. Sabemos que cada estrella es un *trio* y el *trio* es una yunta. Pero con la peculiaridad de que las Siete Yuntas van unidas con las contiguas; tan solo a la primera estrella del timón le queda el primer flanco libre.

Pues bien, en el espacio estelar la distribución de la carga se configura por parejas de estrellas, es decir, de dos *triones*. El tercer elemento que cierra el triángulo ha de ser la parte de carga del Carro que corresponde a cada pareja de *triones*; con la particularidad de que estos comparten límites y carga con sus

vecinos inmediatos (Fig. 1). El *trio* 1 comparte carga con el 2, es decir, solo lleva media carga; por algo será la estrella que marca la marcha. El 2 lleva la mitad del lado del 1 y otro tanto del 3; asimismo el 3 con respecto al 2 y al 4. En cambio, al *trio* 4 que une el timón al Carro le toca transportar su media carga y las medias del 3 y del 7; ¿será por ello, que es la estrella menos visible? Los *triones* 5, 6 y 7 se reparten una y otra mitad con los contiguos. Por tanto, la ratio etimológica de los *Triones* celestes no se funda en ternas de estrellas, como propuso Varrón, sino en la función triangular que compete a cada una de ellas en relación con las contiguas²⁷.

En suma, *trio*, *-onis* es un derivado obvio del numeral *tres*, *tria*, con la configuración triangular que le atribuyó el mismo reatino, por más que él no precisara el tercer ángulo. En el caso de la yunta de bueyes se olvidó del arador y en el de los dos *Septentriones* se excedió en la agrupación de tres estrellas por *trio*. Como hemos expuesto y se ve en el gráfico con que concluimos, cada dos estrellas, y sin interrupción entre ellas, se configura un *trio* junto con la carga correspondiente, pues no hay carro útil que no transporte carga, como no hay pareja de bueyes que are sola. Esta es el modelo inicial de la metáfora estelar.

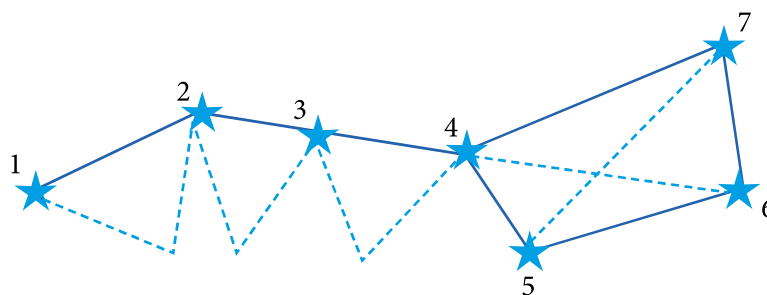


Fig. 1. Las Siete Yuntas (*Septentriones*) del Carro Mayor: con una idea de la distribución triangular de la carga que transportan.

5. CONCLUSIÓN

Muchos y variados son los nombres que han recibido las Osas Polares en diversas lenguas; pero pocos han sido, al parecer, tan oscuros como el latino *Triones*. Varrón y Gelio tenían clara su referencia a la yunta de bueyes; no

²⁷ El autor cuenta con el comentario de que la carga distribuida entre las Siete Yuntas del Carro es pura imaginación. De acuerdo. Pero no es más imaginaria que la imagen de carro que motivó su nombre desde las civilizaciones sumeria y acadia. Si la objeción fuera que, a diferencia de la carga, la imagen de carro puede al menos verse y contemplarse, la respuesta no es menos obvia. Pues ¿desde cuándo puede verse la carga en el interior de un carro estelar? Ahora bien, si hay carro y yuntas de bueyes, ¿qué pintan sin carga? Para comprobarlo, la solución antigua consistía en pasar por la catasterización de tantos personajes y animales. La moderna no será otra que consultar la ciencia astronómica.

así Isidoro de Sevilla que piensa más en los bueyes por separado que en la yunta, hasta el punto de asignar al colectivo *trio* el valor individual de buey. En cambio, los dos primeros no dudan de que detrás del plural *boues* hay una pareja, una yunta (*triones... cum arant, a bubus iunctis, Septentriones... quasi iuncti 'triones' figurantur*). Incluso apuntan al auténtico étimo *tres, tria*, cuando hablan de la figura triangular que compone la yunta. Sin embargo, no aclaran cuál es el tercer elemento que cierra el triángulo.

La imagen latina de *Septentriones* como ‘Siete Yuntas’ se une fácilmente a la de Carro, puesto que tanto este como el arado disponen de timón y la yunta terrestre alterna tirando de uno u otro. Con tal premisa, se entiende la pronta integración por metonimia o sinécdoque de *Plaustrum* (‘el Carro’) como designación sinónima de *Septentriones*. La presunta opacidad del segundo elemento de este llevó a Szemerényi y a otros críticos a tratar de reemplazar el latín *-triones* por un derivado del ie. **stēr; *st(e)ros* de referencia estelar directa. Lo que suponía allanar la metáfora hasta el significado obvio de ‘Siete Estrellas’. Sin embargo, la expresión latina mantenía su resistencia fonética a semejante reducción. Aclarados ahora el origen, la forma y la función del término rural *triones*, podemos concluir que la metáfora de Siete Yuntas vino a converger con la sumeria de Carro, propagada por medio de las culturas acadia y asiria hasta la griega Ἠμάξα (*Hámaxa*).

En consecuencia, el compuesto *Septentriones* designa las Siete Yuntas que tiran de cada una de las dos constelaciones polares. Esta trasposición metafórica, en que el todo se indica por la parte, es comparable a la homérica de *Carro*, entendido como conjunto que comprende las Yuntas que tiran de él. Por ello, los romanos no tuvieron dificultad para adoptar la figura griega y emplear *Plaustrum* como sinónimo de la expresión genuina *Septentriones*. Lo que ha contribuido a que, frente al nombre predominante de Osa, no se olvidara el de Carro que tan bien encaja con las Yuntas de los *Triones*.

Este nombre de origen rural dio lugar a que los latinos imaginaran en cada una de las siete estrellas la configuración triangular de una yunta, con el arador que la mueve implícito. Así es como lo expresa la palabra *trio, -onis* y como se deduce de las descripciones geométricas de Varrón (*ternae trigona faciant*) y Gelio (*triquetras figuras*). A la imagen de las Yuntas se une, pues, la función de transporte que realizan tirando del Carro, de acuerdo con la distribución de la carga que recibe cada una en el espacio triangular correspondiente (Fig. 1). En suma, la trasposición de la figura de la yunta que ara a las constelaciones polares no se reduce a una mera metáfora, sino que la catasterización la transforma en una compleja alegoría. El catasterismo de una osa resulta bastante más simple que el de siete pares de bueyes. Por cierto, los siete boyeros que los aguijan van implícitos en los ángulos opuestos a la línea frontal de parejas tan dinámicas.

6. APÉNDICE EMBLEMÁTICO MADRILEÑO

La variación de la imagen estelar de Carro a Osa no puede menos de modificar la interpretación de la forma y de la función de la constelación. P. ej., el timón del Carro se transforma en cola de la Osa²⁸. Pero también es frecuente que se produzca mayor o menor convergencia referencial entre unas y otras figuras celestes, en particular cuando trascienden a símbolos terrenales. Mientras el lat. *Septentriones* contenía un segundo elemento opaco, cuyo esclarecimiento ha motivado este trabajo, el numeral *septem* ha permanecido indemne como número cabal de las estrellas de la Osa Mayor. Si las imágenes terrestres se incorporan, con mayor o menor dosis de catasterismo, a las estrellas del cielo, estas descienden a la tierra transfiguradas a medida humana.

Tales son las siete estrellas que lucen en la bandera de la Comunidad de Madrid y en el escudo de la Ciudad. Tamaña adopción parece remontarse a la época medieval, cuando las tropas de la reconquista recorrían este territorio y observaban el brillante cielo nocturno. En algunos relatos hodiernos se afirma que cada estrella representa un buey. Pero por la explicación dada aquí, está claro que *Septentriones* quiere decir ‘Siete Yuntas’ y, por tanto, a cada estrella le corresponden dos bueyes.

Con buen sentido de la continuidad territorial, las cinco puntas de las estrellas indican el número de provincias circundantes. En la bandera han sido alineadas en dos hileras superpuestas: las cuatro de la caja del Carro y las tres del timón. En cambio, en el escudo la Osa, alzándose sobre sus patas y apoyando las manos sobre el tronco del madroño, trata de alcanzar su fruto. Antes ha tenido la precaución de sacudirse las estrellas del contorno de su cuerpo. Las dos de cada lado del Carro, cuales firmes jambas, acompañan su actitud rampante y las tres del timón componen el dintel superior. Sobre fondo de azur las siete estrellas enmarcan la puerta de un cielo que no es otro que el de Madrid.

En la batalla astral librada en el cielo durante milenios ha prevalecido el poder figurativo de la Osa Mayor sobre el Carro, primero sumerio y luego griego, y sobre las Siete Yuntas latinas; no sin llevarse como botín ciertos pertrechos de ambos. Si la península ibérica fue descrita por Estrabón como una piel de toro, ¿quién puede decir que la Comunidad de Madrid no tiene la forma de una gruesa Osa casi puesta en pie? Bien observada, asienta una mano en Cenicientos, con su hocico se asoma a Somosierra, oculta su cola en Estremera y baña sus patas en aguas del Tajo a su paso por Aranjuez. Ahí está la Osa Madrileña, tan viva y real como las dos Osas Polares.

¡Ah!, aunque se tenga la tentación de añadir a los emblemas el lema *de Madrid al cielo*, conviene contener la imaginación. Las estrellas de la Osa

²⁸ P. ej., de la cola de la Osa Mayor habla Avieno (*Arat.* 158: *Helices cauda*) y la Osa Menor recibe el nombre de *Cinosura* (*Canis cauda* ‘Cola de perro’), como transcripción latina del nombre griego (cf. n. 11; Le Boeuffle 1977: 90-91).

parecen contribuir a dar sentido al dicho popular; pero no, no radica en ellas su origen. Frente a otros intentos interpretativos ocasionales, el punto de partida probablemente está, como supone Sánchez Crespo (2019: 11-12), en la copla final del entremés de Luis Quiñones de Benavente (1581-1651), titulado *Baile del invierno y el verano*:

*Pues si el invierno y el verano,
en Madrid solo son buenos,
desde la cuna a Madrid,
y desde Madrid al Cielo.*

Si uno se atiene a los dos últimos versos, de los que parece desgajarse la locución, en ellos se adivina un sentido de apertura y cierre del ciclo de la vida. Este podría tener una versión dura ('de la cuna a Madrid y de Madrid a la sepultura'); pero suena mejor con una conclusión más grata: '...de Madrid al Cielo'. El autor, que había nacido en Toledo y era clérigo, pasó la segunda parte de su vida en Madrid; sin duda, hablaba por experiencia propia. Así que no se trata del estrellado cielo madrileño. En cualquier caso, es evidente el elogio de la Ciudad y por extensión de la Comunidad. Aunque no hayas nacido en Madrid, compensa llegar a Madrid, a ser posible desde la cuna, y vivir aquí hasta el final de tus días. Y entonces, de Madrid al...

BIBLIOGRAFÍA

- ALVAR EZQUERRA, A. (1990): D. M. Ausonio, *Obras II*, Traducción y Notas, Madrid, Gredos.
- ANDRÉ, J. (1962): «Notes philologiques», *Revue de Philologie* 36, 23-35.
- BALDINGER, K. (1970): *Teoría semántica. Hacia una semántica moderna*, Madrid, Ediciones Alcalá.
- BELARDI, W. (1950): «Septemtrio», *Maia* 3, 57-58.
- CHANTRAINE, P. (1962): *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París, Klincksieck.
- COMMELERÁN Y GÓMEZ, F. A. (1912): *Diccionario latino-español*, Madrid, Sucesores de Hernando.
- DE VAAN, M. (2008): *Etymological Dictionary of Latin and the other Italic Languages*, Leiden, Brill.
- DGE = Rodríguez Adrados, F. & al.: *Diccionario Griego-Español*, Madrid, CSIC. <<http://dge.cchs.csic.es/xdge>> [09/08/2022].
- DLE = Real Academia Española (2014): *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe. <<https://dle.rae.es>> [09/08/2022].
- ERNOUT, A. & MEILLET, A. (2001): *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, Klincksieck.

- FLOBERT, P. (2019): Varron, *La langue latine, livre VII*. Texte établi, traduit et commenté, Paris, Les Belles Lettres.
- FORCELLINI, A. (1965 [1771]): *Lexicon totius latinitatis*, Florencia, Forni.
- GAFFIOT, F. (2000): *Dictionnaire latin-français*, éd. de P. Flobert, Paris, Hachette - Livre.
- GEORGES, K. E. (1969): *Ausführliches lateinisch-deutsches Handwörterbuch*, Basilea / Stuttgart, Schwabe & CO.
- GLARE, P. G. W., ed., (1985): *Oxford Latin dictionary*, Óxford, Clarendon Press.
- HEIFETZ, M. D. & TIRION, W. (2022): *Un paseo por las estrellas. Una guía de las estrellas, las constelaciones y sus leyendas*, Madrid, Akal.
- HERNÁNDEZ MIGUEL, L. A. (1998): M. T. Varrón, *La lengua latina: libros VII-X y fragmentos*, Madrid, Gredos.
- KENT, R. G. (1967): Varro, *De lingua latina*, Londres, Heinemann & Cambridge Mass., Harvard University Press.
- LASAGNA, M. (2010): «Le lexique du nombre ‘trois’ dans le *Gryphus ternarii numeri* d’Ausone», en Fruyt, M. et Spevak, O. (éds.), *La quantification en latin*, Paris, L’Harmattan, 409-424.
- LE BOEUFFLE, A. (1977): *Les noms latins d’astres et de constellations*, Paris, Les Belles Lettres.
- LEUMANN, M. (1977): *Lateinische Laut- und Formenlehre*, Múnich, Beck.
- LEWIS, Ch. T. & SHORT, Ch. (1984 [1979]): *Latin dictionary*, Nueva York, Oxford University Press.
- MARCOS CASQUERO, M. A. (1990): M. T. Varrón, *De lingua latina*, Introducción, traducción y notas, Barcelona, Anthropos.
- POKORNY, J. (1959): *Indogermanisches etymologisches Wörterbuch*, Berna, Francke.
- ROBERT, C. (ed.) (1963): *Eratosthenis Catasterismorum reliquiae*, Berlín, Weidmann.
- ROLFE, J. C. 1970: *The Attics Nights of Aulus Gellius*, Cambridge Mass., Harvard University Press & Londres, Heinemann.
- RUIZ DE ELVIRA, A. (1964): P. Ovidio Nasón, *Metamorfosis, vol. I*, Barcelona, Ediciones Alma Mater.
- SÁNCHEZ CRESPO, Á. (2019): *De Madrid al cielo. Dichos y frases de Madrid*, Madrid, Guadarramistas Editorial.
- SCHERER, A. (1953): *Gestirnnamen bei den indogermanischen Völkern*, Heidelberg, Winter.
- SEGURA MORENO, M. (1984): Q. Ennio, *Fragmentos*, Madrid, CSIC.
- SZEMERÉNYI, O. (1962): «Principles of etymological research in the Indo-European languages», en *II. Fachtagung für indogermanische und allgemeine Sprachwissenschaft*, Innsbruck, Universität Innsbruck, 175-212.
- TLL = Thesaurus linguae latinae*, Leipzig, Teubner / Berlín, De Gruyter, 1900 ss.
- WALDE, A. & HOFMANN, J. B. (1986): *Lateinisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, Winter.
- ZAMBONI, A. (1988): *La etimología* (versión esp. de P. García Mouton), Madrid, Gredos.

